

PAQUI BERNAL



LA
**MIRADA
VACIADA**

Me deseaba desde el minuto en que me acerqué a él,
y yo lo sabía. Sabía que lo imantaba.



Nova Casa Editorial

Publicado por:

NovaCasaEditorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Paqui Bernal**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Ana Carrión

Portada

Vasco Lopes

Corrección

Clàudia Colom

Primera edición en formato electrónico: Abril de 2021

ISBN: 978-84-18013-98-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

PAQUI BERNAL

LA
MIRADA
VACIADA



PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

AGRADECIMIENTOS

A mis hijos

YO FUI

Yo fui.
Columna ardiente, luna de primavera.
Mar dorado, ojos grandes.

Busqué lo que pensaba;
pensé, como al amanecer en sueño lúgido,
lo que pinta el deseo en días adolescentes.

Canté, subí,
fui luz un día
arrastrado en la llama.

Como un golpe de viento
que deshace la sombra,
caí en lo negro,
en el mundo insaciable.

He sido.

LUIS CERNUDA

PRÓLOGO

¿Quién no ha visto en mil ocasiones la imagen de un escritor rodeado de bolas de papel arrugado? ¿O, más recientemente, el mismo escritor mirando la pantalla de su ordenador con la mente en blanco? Sin embargo, yo diría que las tribulaciones con las que aflige la escritura a quienes todavía están en proceso de aprendizaje son mayores. Y lo demostraré citando varios episodios.

En uno de mis cuentos yo narraba cómo un hombre harapiento —con aspecto de toxicómano— irrumpía en una herboristería, llena de alimentos «bio-eco» carísimos y de clientes saludables (aparentemente dispuestos a dejarse medio sueldo con tal de protegerse y proteger el planeta). En cuanto entró, ya se palpaba en la tienda una tremenda aprensión, por las miradas y por una especie de cacareo en sordina. Escribí el cuento porque había presenciado esa escena y me pareció muy chocante.

—¿Cuál es el problema en esta escena? —preguntó mi profesora de Narrativa.

Nadie supo contestar.

—Que no existe un narrador —nos instruyó ella.

Era totalmente cierto. Pero años más tarde insistí —soy bastante tozuda— con la presentación de la misma historia revisada. En esa ocasión, la profesora de turno comentó:

—De todos los lugares en que se puede situar una escena, una herboristería me parece el más soporífero, con diferencia. ¿Por qué no elegiste una *sex-shop*, por ejemplo?

Sin duda una *sex-shop* es un sitio más interesante, pensé, pero el contraste entre los personajes «ortoréxicos» y el del drogadicto no habría sido posible. Aunque, bien visto, en la *sex-shop* podría haber colocado algún obseso del bronceado que se horrorizase por la palidez de mi pobre heroinómano.

Al comienzo de otro curso, la tutora —una tercera—, haciendo muestra de un estilo pedagógico y de *coaching* peculiar, sometió a un compañero a un juicio sumarísimo (o así lo sentía yo) cuando planteó a la curia:

—Que levante la mano quien crea que este pasaje le aporta algo.

Nos miramos entre nosotros y, obviamente, cruzamos los brazos. He de admitir que aquel pasaje me aportaba poco. Pero nuestra cobardía hizo que el reo se pasase el resto de la sesión removiéndose en la silla, como si estuviese planteándose salir por la puerta del aula para nunca más volver. Supongo que el hecho de que acababa de ingresar un dineral por la matrícula pesó bastante a la hora de regresar a la clase siguiente.

El día de la evaluación final, otra alumna pidió sinceridad a nuestro profesor de aquel año sobre su estilo literario (¿cómo se te ocurrió hacer eso, XY?), y él la derrochó: «Bueno, con ese texto desde luego que no vas a ganar el Premio Planeta». Hay que reconocer que el hombre fue honesto.

Y a pesar de esas lecciones ásperas, durante aquellos años de formación en la escritura aprendimos mucho.

Yo aprendí que a menudo nos falta empatía con un personaje que nosotros mismos hemos creado. Vi, incluso, cómo algún compañero devaluaba a su protagonista, encasillándolo en un estereotipo porque aspiraba a vender una serie. Comprendí que un escritor necesita un buen *feedback*, o en caso contrario es capaz de narrar lo más inverosímil: los avatares de un hombre lobo escuchimizado y perdedor o los de una aristócrata que abandona todos sus privilegios para militar en una ONG.

Y lo mejor de esos cursos era que semana a semana crecían nuestros vínculos afectivos. Los compañeros de desdicha en los talleres de escritura nos señalábamos las incoherencias en nuestros textos, las imprecisiones de vocabulario. Nos animábamos mutuamente a seguir intentándolo y expresábamos nuestra emoción cuando los escritos nos tocaban la fibra (perdón por utilizar una de esas frases manidas que están absolutamente prohibidas en el mundillo).

Pude ver a una niña de dieciocho años inventar diálogos de una viveza admirable, a un jubilado enamorado por completo de su protagonista, a una muchacha escribir como los ángeles en una lengua que no era la suya.

Pero, de esa etapa que he descrito, mi experiencia más apasionante ha consistido en sentir que docenas de alumnos, profesores y escritores amaban las historias por encima de todo. Como yo. Como vosotros. Porque, en definitiva, las historias no son otra cosa que trocitos de vida.

1

Septiembre de 2016

A mi izquierda, uno de los sillones —tapizados en gris— se había quedado vacío. En el siguiente estaba ella sentada. Llevaba un top naranja ajustado de tirantes que le resaltaba el hoyito de la clavícula. Tenía la piel de un color indescriptible, un moreno que no había visto nunca. ¿Era latinoamericana? De repente, antes de que pudiese fijarme en su rostro, ella se agachó para sacar algo del bolso y un mechón se lo cubrió. Cogió un Smint. El cabello, negro como el mar en la noche, le brillaba bajo la luz cenital de la sala de actos. Respiré hondo y me alcanzó su perfume afrutado. Tal vez era tan catalana como yo, pero probablemente sería una Erasmus, y destacaba más que ninguno de ellos entre las docenas de voluntarios que el decanato había solicitado para hacerles de guía.

Volví a hojear los trípticos que nos habían repartido, horarios, aulas, planos, calendarios, entonces unos cuantos aplausos me sacaron de mis cavilaciones. El secretario, de pie al lado de la enorme pantalla, había clausurado el acto de acogida y desconectaba el micrófono inalámbrico. Uno de los conserjes abría las puertas.

—*Would you like to be my guide?*¹—Alcé la vista. Ella sonreía. No me lo podía creer. La fabulosa morena de dos asientos más allá estaba de pie a mi lado pidiéndome ayuda.

—*Sure.*²—Me incorporé y le pregunté de dónde era.

Ingresa, dijo. ¿Ingresa, cómo?, y de inmediato temí que fuera a estropearlo todo con mi cara de descoloque. Ella se rio y aclaró que era angloíndia, que estudiaba arquitectura y que se moría de sed.

Los alumnos ya se dirigían en pequeños grupos al bar del rectorado, una sala minimalista con un porche, donde se había dispuesto una especie de cóctel de bienvenida que el presupuesto había encogido hasta reducirlo a un pica-pica. Me dijo que se llamaba Sameentha, y la acompañé a la única mesita que había quedado desocupada en un rincón. Conseguí un taburete y, al arrimárselo, rocé su falda de algodón. No había más asientos, así que yo

permanecí de pie. Me vino bien para apoyar los codos en la mesa y tenerla más cerca.

Le expliqué que estudiaba Informática, que estaba muy interesado en el *software* social. Sameentha asentía distraída a la vez que depositaba bolitas de wasabi sobre una lengua jugosa y rosada. Mientras charlábamos, me sumergí en aquellos ojos enormes y profundos. Ella bebió un sorbo de cerveza y no se dio cuenta de que le había dejado un hilo de espuma blanca en el labio superior. Entonces noté una especie de cosquilleo bajo los vaqueros y le ofrecí una servilleta, como para disimularlo. Estaba fatal, supuse que eran efectos secundarios de la abstinencia.

Sam —su nombre corto para los amigos, porque le gustaba su ambigüedad— dijo que le encantaba poder tomar un aperitivo al aire libre rodeada de pinos. Y le contesté que, a esas alturas del verano, yo daría lo que fuese por una semana nublada y lluviosa en Irlanda, aunque fuera asistiendo a un cursillo de inglés.

Cuando calculé que no resultaría demasiado invasivo, me ofrecí a echarle una mano para buscar habitación en Barcelona, no podía perderle el rastro. Pero Sameentha ya estaba instalada.

—Esta semana son las fiestas de la Mercè. ¿Te apetece ir esta tarde a un concierto de *rock*? También hay actuaciones de danza de Bollywood. —¿Cómo podía ser tan patético? Sin embargo, ella volvió a reír, tenía una voz clara, ni aguda ni grave.

—No, mejor el concierto. ¿Dónde podemos quedar?

—¿En la plaza del Rey? Puedes acceder por la Rambla, ¿sabes dónde es? ¿Qué tal a las ocho?

—*Eight is ok with me.*³ Después podríamos ir a tomar algo por el centro, es mi primera estancia en tu ciudad y no conozco casi nada.

Sam me pidió que nos sentásemos un ratito en el césped y a mí la sola idea de tumbarme al sol abrasador del mediodía me dio un sofocón. A cambio, si alargaba el encuentro hasta la tarde, tal vez evitaría que le saliese otra movida.

Se apoyó con los antebrazos a su espalda, se quitó las sandalias y cerró los párpados como si quisiera absorber toda la energía del sol. Yo la recorría de arriba abajo sin decir palabra cuando un aspersor se puso en marcha y nos hizo saltar de allí entre risotadas.

Antes de separarnos, me pasó su número de móvil y le hice una perdida. Luego —por no abusar de la confianza— le tendí la mano. Sameentha tiró

de ella y se puso de puntillas para acercárseme a la mejilla. Las estiradas son las inglesas, me dijo, y soltó una carcajada fresca. Yo prefiero la costumbre francesa de dar tres besos. Después me devolvió la mano, se dio media vuelta y se encaminó a la estación.

Era canela. Su perfume llevaba canela y se lo ponía tras el lóbulo de la oreja.

1 ¿Te gustaría ser mi guía?

2 Claro.

3 Las ocho está bien.

2

La Mercè resultó ser un festival similar a The Fringe, pero repartido por los barrios de la ciudad, y el *correfoc*,⁴ sobre todo, había estado genial. Me había divertido bastante con aquellos monstruos de escamas, largas colas y tridentes dispersos entre la multitud. Lo que me sorprendió fue que los padres se portasen de una forma tan irresponsable, exponiendo a sus hijos a esos chorros de chispas que manaban de diablos y dragones a mansalva y se vertían por todas partes.

Pablo y yo habíamos ido de tapas, a *performances* y comenzábamos a planear cosas juntos, porque la verdad es que teníamos muy buen rollo. Además, cuando nos encontrábamos con algún compañero suyo de la UAB o del equipo de baloncesto, todos se quedaban boquiabiertos. Que quién era aquel «bellezón», le preguntaban, *that beauty*, me traducía él, y que dónde me había conocido. Así que me estaban cayendo bien los españoles, ya te lo imaginas, ¿no, Darcy?

El lunes había amanecido con una brisa que iluminaba las hojas de los árboles, de esas que nos reconcilian con la gran ciudad, como diría el cursi de Rajesh en *Big Bang Theory*. Pablo y yo habíamos quedado en que no asistiríamos a nuestras respectivas clases y que pasaríamos el día en el Tibidabo; desde pequeña me habían encandilado las atracciones.

Aunque insistimos en ser puntuales, a las diez, Pablo llegaba con retraso. Pablo era olvidadizo y despistado, pero estaba como un pan —estaba buenísimo, con esas espaldas tan anchas y sus ojos azules—. Yo me había encendido ya el tercer Marlboro Gold apoyada en una farola cuando oí un claxon y el morro de ese Clio azul tan cutre que tenía asomó por la esquina. Paró en segunda fila y me abrió mi puerta desde dentro.

—Perdona, Sam. He estado pateándome medio barrio de Gracia intentando recordar dónde había aparcado. Hasta que he descubierto el coche bajo un dedo de polvo y encajonado entre un bicitaxi y un cuatro por cuatro.

Me había dado un toque de *khol* en los párpados; sin embargo, donde se le derritió la mirada fue sobre mi escote. Una elección inteligente el vestido de

flores, ahora que tenía el pecho bronzeado, porque, en toda la semana, a lo único que Pablo se había atrevido era a ofrecerme las manos cuando nos encontrábamos. Quizá los tíos aquí eran menos lanzados. Es igual, me deseaba desde el minuto en que me acerqué a él en el salón de actos, yo lo sabía. Sabía que lo imantaba.

Pablo se había puesto espuma fijadora en el flequillo y tenía un aire a David Beckham. *How cute!*⁵

El coche renqueaba cada vez que él cambiaba de marcha camino del parque de atracciones, cuando atravesamos el puente de Vallcarca. En el ascenso, vi una torre que no salía en las guías.

—¿Se puede visitar aquella torre? No es que sea el Sky Tree de Tokio, pero no está mal. ¿Has subido al Sky Tree? «Total state-of-the art». Nunca he visto una vista panorámica de Barcelona. —Pablo no me respondía, así que le eché el humo en el oído lentamente y me sonrió. —Que preguntaba por esa torre, me parece curiosa. *Let's go catch up there.*⁶

—¿La torre de Collserola? Sí, claro. —Dio la impresión de que no le entusiasmaba el plan, como si hubiese estado contando con subir a una atracción de terror para achucharme en la oscuridad, en plan adolescente. —Vamos allá. Ya regresamos después al Tibidabo y nos pillamos un perrito o lo que sea.

Era relativamente temprano para un día laborable, y pudimos aparcar fácilmente. Los arbustos de tomillo desprendían un suave aroma. Casi no había turistas en la entrada. En la cola de la taquilla, delante de nosotros, solo una especie de comercial, como eslavo, que tenía pinta de estar aprovechando las horas previas a su vuelo y que apretaba su maletín contra el pecho.

Entró en el ascensor con nosotros, y entonces me arrebató un deseo incontrolable de jugar. Deslicé la mano bajo la camisa de Pablo y caminé sobre la piel de su espalda con la punta de los dedos, que se me impregnaron de un ligero sudor. Pablo no se lo esperaba y aún menos en presencia de «Maletín». *What a laugh.*⁷ Mientras arrastraba mis dos uñas por su columna hacia abajo, él se puso tan nervioso que miraba la botonera con impaciencia y enmudeció por completo hasta que se abrieron las puertas. Al salir no pude aguantarme la risa.

Había una vista impresionante desde el mirador, tendrías que subir allí, tía, y más aún con la adrenalina de verse los pies flotando en el vacío porque el suelo es de cristal. La montaña, el hervidero de la ciudad, las